

Venezuela: ciudades que imaginamos y ciudades que vivimos ¡Entre el caos y la huida!

Judit Uzcátegui¹,

Malena Andrade²,

Luis Alfonso Rodríguez³

¹ Doctora en Estética, Profesora de la Facultad de Arte, Universidad de Los Andes (ULA). Mérida-Venezuela.

² Doctora en Ciencias Humanas, Profesora de la Facultad de Arte (ULA), Mérida Venezuela.

³ Doctor en Ciencias Humanas, Profesor de la Facultad de Arte (ULA), Mérida- Venezuela.

Resumen

Pensar la ciudad desde la imaginación simbólica nos sitúa en la experiencia cultural de nuestra relación con el mundo. La estructura del presente artículo pretende contrastar dos momentos de las ciudades venezolanas. Un primer momento lo representa las ciudades de la modernidad en el siglo XX, y en un segundo momento analizaremos cómo esas ciudades de la modernidad, alcanzaron en tiempo muy breve las características de una metrópolis. Por lo antes expuesto, nos hemos planteado como objetivo central analizar a la ciudad venezolana en tiempo presente y sus imaginarios desplegados en la historia, entendiendo lo imaginario como dimensión esencial en toda cultura y, cómo se expresan en la simbólica urbana a través de las nuevas formas de tecnología digital y su impacto en los imaginarios de la comunicación, así como los modos de reinención de la realidad.

Palabras clave: imaginario, ciudad, metrópolis, Venezuela; historia.

Abstract

Thinking the city from the symbolic imagination places us in the cultural experience of our relationship with the world. The structure of this article aims to contrast two moments of the Venezuelan cities. A first moment represents the cities of modernity in the twentieth century, and in a second we will analyze how these cities of modernity, in a very short time reached the characteristics of a metropolis. For the foregoing, we have raised as a central objective to analyze the Venezuelan city in present time and its imaginary deployed in history, understanding the imaginary as an essential dimension in any culture and how they are expressed in the urban symbolic through the new forms of digital technology and their impact on the imaginaries of communication, as well as the ways of reinventing reality.

Keywords: imaginary, city; metropolis, Venezuela, history.

1. Prolegómenos

Delante y detrás se hace tiempo cuando hablamos del suceso urbano.

(Armando Silva, 1992, p. 132).

“Una primera aproximación sobre qué son las ciudades ha consistido en oponerlas a lo rural, o sea concebir la ciudad como lo que no es el campo” (García Canclini, 1997 p. 69).

En el desarrollo del presente artículo utilizaremos como guía metodológica la hermenéutica, como eje principal de toda la disertación. Establecemos el análisis interpretativo de los postulados de Castoriadis (2007), cuyos presupuestos nos permitirá disertar sobre los imaginarios de la ciudad desde las nociones de polis y democracia. De igual forma el estudio se sostiene con los conceptos expuestos por Armando Silva (1992), y los fundamentos que nos presenta García Canclini (1997), dos autores cuyos libros tienen idénticos nombres (*Imaginarios urbanos*) pero que desde posturas reflexivas, presentan dos concepciones diferentes sobre un mismo fenómeno: el primero, lo hace desde el simbolismo imaginario, estético y cultural que muestra la ciudad. Y el otro, desde conceptos apegados a la corriente filosófica del posmodernismo.

De igual forma, usaremos algunos conceptos desarrollados desde la fenomenología, ya que el objeto de estudio de nuestras disertaciones lo observamos todos los días, desde el balcón de nuestras casas, en cualquier espacio de las ciudades de Venezuela que queramos transitar o, desde las adyacencias de nuestro sitio de trabajo. Estas evidencias vividas y sufridas por los venezolanos se corresponden con las exigencias por consolidar una democracia alcanzada a principios de la segunda mitad del siglo XX, pero que en la actualidad ha sido vituperada.

Desde sus orígenes la ciudad es pensada como un ideal de perfección, una imagen paradigmática la ofrece la *Civitate Dei* de San Agustín, quien imaginó a la ciudad de Dios como la genuina expresión de una ciudad perfecta. Ahora bien, ese imaginario agustiniano

nos invita a reflexionar que en esa ciudad ideal se han enarbolado dos principios básicos del universal concreto del imaginario urbano; las cosas que imaginamos como individuos y las cosas que vivimos como sociedad particular. Estos dos principios contrapuestos se entienden desde la reflexión de las Ciencias Humanas, como un magma caótico, donde nacen los impulsos de creación y auto-creación propuestos por Castoriadis (1998).

El presente texto intentará interpelar el suceso urbano en Venezuela a través de sus imaginarios, desde las tres voces de sus autores, para reflexionar sobre la naturaleza de su metamorfosis histórica y las imbricaciones socio-políticas derivadas de ella, así como su resonancia en el marco actual de la sociedad venezolana.

Lo que observamos todos los días, quienes transitamos las calles venezolanas, es un panorama conflictivo de orden político represivo, que se extiende desde el ámbito social hasta los dominios de la moral ciudadana, vividas y sufridas por el venezolano de hoy, idea que constituye el epicentro a partir del cual se desplegará el análisis de los imaginarios urbanos contemporáneos. Este escenario de violencia e impunidad generalizada que se ha impuesto como cotidianidad toca nuestras fibras más sensibles, como habitantes de un país al que nos une sentidos de pertenencia, de arraigo, de historia compartida, de procesos históricos determinantes que contribuyeron a la formación y consolidación de una democracia que hoy sufre uno de los capítulos más oscuros de su historia republicana.

En este contexto de reflexión unimos nuestras voces a la comprensión del hecho urbano desde los postulados teóricos de Pintos (2014) y su noción de imaginarios policontextuales; la propuesta de Carretero (2010) y su visión sobre la visión policéntrica de las ciudades. O la postura de Baeza (2000) como coadyuvantes de sentido, también nos acercamos a la noción de la ciudad como meta-discursos de Aliaga (2012), hasta la reflexión de Maffesoli (2007) quien desde la antropología política, entiende la sociedad como lugar del espectáculo y del riesgo. Todas estas contribuciones serán consideradas para el acercamiento a estas nuevas realidades urbanas, entendidas como constantes de

experiencias humanas, presentes en las organizaciones e imaginarios en las ciudades venezolanas.

2. Primer momento: el imaginario de civilización y progreso en la ciudad moderna

Las ciudades de Venezuela a partir de los imaginarios de los movimientos independentistas y la concreción de las repúblicas en el siglo XIX, proyectan principios urbanos marcados por los imaginarios de la ciudad occidental. Imaginario que se ve sometido a un proceso de transformación entre los siglos XVIII y XIX, bajo una determinante política de racionalización del espacio urbano, producto de las transformaciones que la estructura política y social produjeron con las tres grandes revoluciones, a saber; la Revolución urbana, la Revolución francesa y la Revolución industrial. Las políticas constructivas se centraron en principio en intervenciones puntuales y ambiciosas de la planimetría urbana ya existente, por tanto en un nuevo *eidos* del imaginario. Ejemplo paradigmático de esos imponentes desarrollos lo encontramos en la Francia de Luis XIV hasta finales del siglo XVII. Emblema de un Estado absolutista y centralista, que adelanta una política de ambiciosas obras. Benévolo (1977) describe esa empresa marcada por "...una ciudad abierta en donde el campo se une a la urbe a través de franjas profusamente arborizadas y dotadas de amplias vías; los novedosos boulevards parisinos, que se convierten en modelos para las demás ciudades europeas" (p. 147).

El siglo XVIII, según Benévolo (1997), escenifica un siglo de transformaciones, donde una determinante diferenciación de clases se sitúa en el seno de una coyuntura política entre absolutistas y constituyentistas que dirimen el juego político europeo. Pero que sirven de plataforma a la política de los siglos XIX y XX. Las revoluciones políticas y económicas que se suceden en esos siglos trazan una violenta transformación de la sociedad, modificando radicalmente las formas de vida y de concepción de la espacialidad urbana. El nuevo panorama para la ciudad europea lo determina el crecimiento de las grandes ciudades, paradigma de la revolución industrial, que abre un cambio radical en los modos de vida de los habitantes con la masiva migración del campo a la ciudad.

Sennet (1997) sostiene que, para 1871 en la urbe imperial eduardina, más de la mitad de la población inglesa vivía en el campo, cuarenta años más tarde, en los albores del siglo XX, la situación se había invertido, pues tres partes de la población inglesa vivía en las ciudades y una cuarta parte se hallaba en la órbita del gran Londres, dejando una estela de campos desolados y de pueblos en la miseria. Es así como poblaciones predominantemente rurales se transforman abruptamente en núcleos urbanos - fenómeno que según Sennet- se hace extensivo a todas las naciones occidentales durante la segunda mitad del siglo XIX y buena parte del XX.

Las ciudades se convierten entonces en grandes centros no sólo de aglomeración humana sino también de centros económicos, sede de empresas manufactureras, mercados y movimientos bancarios. Desde esos nuevos centros urbanos la estructura política impone y extiende sus redes de poder. Esa nueva situación demográfica, como sugiere Sennet (1997), que reúne a grupos humanos, actividades y ocupaciones tan disímiles, exigió planes de desarrollo urbanístico durante las últimas décadas del siglo XIX y parte del XX. Planes urbanísticos que en algunas ciudades, como Londres y París, desplazaron las masas obreras del centro de la ciudad a los suburbios, a la periferia, y que incluían también la eliminación de las antiguas calles estrechas a favor de amplios boulevares y vías que facilitarían el desplazamiento de las personas. En Venezuela este desplazamiento de la población a las zonas periféricas de las grandes urbes, se produjo en ciudades como Caracas, Maracaibo o Valencia entre otras. Creando grandes cercos de pobreza y marcando aún más las desigualdades sociales.

Por otra parte, tal y como advierte Lefebvre (1976), la racionalización del espacio llevada a cabo por urbanistas y arquitectos, derivada de la organización industrial, generando nuevas costumbres y hábitos de vida. La creación de estructuras homogéneas, de unidades habitacionales básicas, ideadas como “módulos o cajas” pretende resolver el habitar humano solamente desde la noción de necesidad. La vivienda se convierte entonces en un espacio funcional, “una máquina de habitar”, como la definirá Le Corbusier.

Este ideal racionalista del espacio se proyecta igualmente en América Latina, específicamente en Brasil, y en el caso de Venezuela en Caracas, por el Arquitecto Carlos Raúl Villanueva, en Maracaibo, por la influencia inglesa y norteamericana, especialmente a partir de la explotación petrolera. Por tanto, esta nueva manera de concebir la vivienda y la ciudad –dice Lefebvre- “...acentúa la eficacia del espacio represivo” (p. 101). Eso traerá como consecuencia en el imaginario individual y colectivo, la pérdida del valor de arraigo alimentado en tiempos anteriores por las ciudades históricas, a través del reconocimiento de lugares afectivos ligados generalmente a edificaciones religiosas o de orden civil, hasta espacios naturales.

La nueva forma de vida impuesta por el orden industrial, en las “ciudades satélites” descritas por Ragon (1979), negará en buena medida los valores cualitativos, simbólicos, al promover una vida normativa y sistematizada por las leyes o políticas empresariales. A esto se añade, en el orden privado, según Lefebvre, el dinamismo de las ciudades, el nuevo gusto por la velocidad, por lo efímero, por los cambios de lugar. Se trata en suma, de “una transformación en el imaginario de la vida cotidiana en lo que atañe a los modelos culturales” (Lefebvre, 1976, p. 102).

Así, la ciudad moderna, cuerpo vivo y caótico, como la define Chueca Goitia (2007), da lugar a nuevas formas de vida, en general muy distintas de las ciudades históricas y planificadas. En esas ciudades sin límites precisos se desbordan en espacios periféricos que segregan las grandes metrópolis. Asentamientos humanos marginales, grandes cercos de pobreza que crecen sin control, caracterizados por sus casas improvisadas, sus bajos niveles de salubridad y frecuentemente habitados por una población que ha sido excluida.

De esa manera, la relación entre centro y periferia en el ámbito urbanístico genera un intenso proceso de asimilación y segregación, que crea una topología donde se impone la ciudad sobre el margen. La ciudad como esquema dominante, establece una jerarquía e impone un orden, convirtiendo el margen en un espacio hostil, indeseado. En ese proceso, como señala Chueca Goitia “...al desviar los códigos constructivos dispuestos por la ciudad

formal crean un intenso proceso deformante” (2007. p. 187). El resultado: ciudades y periferias que se enfrentan mutuamente en una relación vital y violenta, en una convivencia que afirma identidades heterogéneas.

Esta “naturaleza salvaje de la ciudad”, describe a las grandes metrópolis mundiales y especialmente, a las grandes urbes de América Latina. Ciudades superpobladas como Caracas, Rio de Janeiro, Sao Paulo o Ciudad de México conforman el panorama.

En Venezuela, ese proceso transformador urbano, como lo subraya Ontiveros (1995), se hace presente a partir de la segunda mitad de la década de 1940, debido fundamentalmente a las migraciones internas. No obstante, el período clave en la eclosión venezolana se sitúa entre 1958 y 1960, a partir de la caída del dictador Pérez Jiménez, momento en que los grupos humanos más desfavorecidos se trasladaron a Caracas en busca de mejores condiciones de vida. A partir de la segunda mitad del siglo XX, con el boom de la explotación petrolera a gran escala, Venezuela hizo a un lado la agricultura y la ganadería para convertirse en un estado monoprodutor. Esta circunstancia agudizó aún más la súbita transformación de una sociedad rural en otra completamente urbana. Las “barriadas” son por tanto, una consecuencia directa de las profundas transformaciones de Venezuela en el último siglo.

La ciudad en el itinerario que hemos demarcado anteriormente, la hemos construido como espacio para satisfacer necesidades básicas de refugio, de convivencia social, escenario que permite el trabajo, la economía y la posesión. También organiza la vida desde las estructuras político-sociales del poder. Pero es un espacio socialmente estructurado en el que se instauran y legitiman roles, funciones, costumbres, jerarquías. Escenario donde se adquiere sentidos de pertenencia, de arraigo, y de cohesión del cuerpo social. Es allí donde se forma “nuestra conciencia de estar juntos”. Dentro de este contexto y de acuerdo con nuestro recorrido, podemos señalar que la ciudad viene a ser la construcción mental central de un imaginario que nace de la experiencia propia del vivir, del habitar. Así, la relación del habitante y su ciudad será espacial, utilitaria, necesaria, pero también esta relación se

concreta desde el ámbito de lo cualitativo, lo subjetivo y lo simbólico. En ese cruce de perspectivas se articula una visión del ser humano que entiende el mundo, la ciudad en la que mora y habita, a través de un juego de relaciones donde confluyen miradas objetivas, subjetivas e intersubjetivas.

Los intrincados fenómenos urbanísticos, poseen explicaciones lógicas. Sin embargo, las ciudades por sí solas no se consolidan como estructuras claras o evidentes; ya que, no pueden definirse como un espacio cerrado, contrariamente la permanente exposición de lo intercultural y de los diferentes intercambios permiten que la ciudad pueda ser explicada mediante la construcción de diversas teorías abiertas, que se inscriben en un orden científico social con pretensiones de verdad, dejando claro que el desarrollo y reordenamiento acentúa aún más las diferencias entre lo urbano y lo rural. Estas características que contraponen a la ciudad y el campo, abren el espectro caleidoscópico para que surjan nuevos estudios y posibles soluciones a tantos problemas que, hoy por hoy, presentan las ciudades de todas las latitudes, unas con más trabas y flagelos difícil de controlar que otras, pero en definitiva a todas las agobias incertidumbres sobre cómo detener la avalancha de inconvenientes sociales que las abruman y cuya salida es como buscar una escapatoria en un laberinto de confusión, inseguridades y dilemas.

Por tal razón, el fenómeno urbano, transformado en ciudad es tan complejo y enmarañado que se erige como un objeto de estudio accesible y transdisciplinario, posibilitando, por su misma naturaleza, investigaciones cuyos resultados serán objetos de nuevos conocimientos y constantes búsquedas. Esto, a su vez, impide crear de forma estática un urbanismo científico (al modo de los postulados por la filosofía positivista) pues lo que hoy nos muestra la ciudad, mañana será historia y sus consecuencias pierden un peso específico para dar paso a nuevos eventos de orden social, demográfico, urbano. Es un tejido social en constante metamorfosis y transformación que difícilmente se detendrá, por tanto, la ciudad sea cual sea su ubicación es diacrónica. Evoluciona, cambia, se transforma permitiendo nuevas miradas y diferentes formas de ser entendida, sentida, vivida o interpretada.

Las ciudades y lo que significan en los diferentes imaginarios sociales, representan una fuente inagotable de estudio para diferentes disciplinas, inmersas todas en el amplio panorama de la Ciencias Humanas. Así, es preciso señalar que, para interpelar el suceso urbano desde concepciones de la modernidad, y lo que ésta significó y de qué manera repercutió en el desarrollo urbanístico de principios del siglo XX hasta la presente fecha, se precisa revisar ciertos elementos de orden histórico que determinaron de manera decisiva el desarrollo urbanístico, su entramado y sobretodo de qué manera estas transformaciones influyeron en la psique humana de sus habitantes, pues como afirma Calvino (1990): Las ciudades son un conjunto de muchas cosas: memorias, deseos, signos de un lenguaje; son lugares de trueque, como explican todos los libros de historia de la economía, pero estos trueques no lo son sólo de mercancías, son también trueques de palabras, de deseos, de recuerdos (p.6).

Desde ese entramado denominado ciudad, difícil de escindir desde las diferentes disciplinas que la atraviesan, se hace necesario pensarla ubicándonos a finales del siglo XIX y principio del siglo XX, con lo cual estaremos dando respuesta a lo que en un principio de este artículo establecimos y que llamamos el primer momento; ya que, las ciudades de todos los países desarrollados o no, durante estos siglos sufrieron transformaciones definitivas y experimentaron tanto en la morfología como en la dinámica social cambios radicales.

En el caso de Venezuela, gracias al desarrollo industrial y a la explotación del petróleo, "...la renta petrolera ha desempeñado un papel de primer orden como fuente de ingresos para financiar los proyectos nacionales que han estructurado las elites políticas y económicas del país" (Amaya 1999, p. 169). Así, los gobiernos se vieron en la obligación de crear nuevos medios de transporte, más autopistas y carreteras, también se implantó el uso del tren, tranvía, automóvil, entre otros, originando una masiva expansión del trabajo y, sin duda alguna del comercio como la forma más idónea de prestar diversos servicios a los ciudadanos, haciéndoles la vida más cómoda y placentera en el desarrollo simbólico de

todo lo que la ciudad ofrece y cómo los ciudadanos se encargan de procesar, comprender y en definitiva usarla para su propio bienestar.

Ahora bien, los adelantos derivados por la era de la industrialización produjeron un aumento desproporcionado de la población y, como se sabe, un abandono del campo generando potenciales problemas. Los campesinos inmigraron a centros poblados con expectativas de mejorar sus vidas, así se integraron en la ciudad nuevas zonas planificadas en función del desarrollo de la industria, urbanizaciones y barrios residenciales tanto para la clase media como para los más desposeídos, éstos últimos se sitúan en la periferia y al margen de las nacientes ciudades, pues el centro, en muchas ocasiones, estaba reservado para las clases con mayor poder adquisitivo, que le permitían a un grupo minúsculo de ciudadanos habitar las áreas de la ciudad que se encontraban situadas más cerca de la plaza, la iglesia, el mercado y los sitios gubernamentales.

Ahora bien, en ese imaginario de la ciudad se hace necesario revisar de qué manera ha evolucionado y cómo han sido las huellas que la historia ha dejado en este devenir indetenible, que hace de esos espacios sitios invivibles e insoportables, cuando nacieron como asentamientos que proporcionaban a sus habitantes mejores formas de vidas, más oportunidades, mayor progreso y en definitiva una vida digna, apacible, donde es posible la formación cultural, académica, artística y, desde luego donde el lugar para el ocio también tiene su espacio dentro de una ciudad ordenada, dispuesta a ofrecer un panorama de vanguardia.

En tal sentido, resulta interesante la definición que nos ofrece Aliaga (2012), quien sostiene que "...los imaginarios sociales son construcciones mentales subjetivas de significación de la realidad, que se comparten socialmente" (p. 16), entonces nos ubicamos en el plano de la interpretación, lo cual conduce a aseverar que los imaginarios epistemológicos sobre la ciudad estarán supeditados a lo que desde la individualidad o la subjetividad se comprenda de esa concepción

Aliaga (2012) propone que el imaginario social más que un proceso o un mecanismo de construcción de realidad es realidad construida, legitimada o por legitimar. De ese modo, “...es producto de un proceso de construcción y mantenimiento en la sociedad a partir de una serie de interacciones comunicativas y de significación (intersubjetivas)” (p.17). Así, el imaginario se construye de la intervención de la acción creadora de los individuos y la reproducción a través de sistemas establecidos y diferenciados. Esto nos permite afirmar que, el imaginario de la ciudad es una construcción individual y particular, por lo cual es de comprender por qué algunas personas sienten más atractivo por una ciudad que por otra, o por qué los ciudadanos venezolanos quieren huir de sus ciudades, pues sobre éstas deambula una nube negra que mancha los proyectos de los más jóvenes, impidiéndoles el libre tránsito, el desarrollo de sus personalidades, el progreso, la elección y la libertad de decisión. Por lo cual, entre tantos obstáculos socio-políticos que actualmente presentan las ciudades venezolanas --el escape es la tabla de salvación-- pues han aumentado los problemas sociales a escalas sólo concebibles en tiempos de guerra.

Lo antagónico de la situación actual de los venezolanos es que a principios del siglo XX deciden marcharse de los espacios rurales en busca de mejores horizontes, pues como afirma García Canclini “...la ciudad es el lugar donde predominan relaciones asociadas de tipo secundario, donde habría mayor segmentación de los roles y multiplicidad de pertenencias” (1997, p. 69). Desde esa visión, los habitantes de los espacios rurales sienten una necesidad intrínseca por tratar de superarse y, presumen que la ciudad les brindará más posibilidades de ampliar su calidad de vida y ofrecerle a sus futuras generaciones más oportunidades, pues el campo no llena las expectativas de este hombre moderno, éste sabe que la ciudad está en progreso y ante la barbarie, atraso, aniquilamiento y muerte que le ofrece el campo, decide prolongar su existencia trasladándose a una ciudad, ya que en ésta la medicina y la educación serán un camino que le ofrecerá una nueva razón a su existencia.

La ciudad se transforma de esta manera en un plus lleno de expectativas de vida, pues el hombre de todos los momentos y de todas las épocas está urgido de esperanza, como señala Durand (1980) “...sin afirmación mítica de esperanza, sería la decadencia definitiva

de nuestras civilizaciones” (p. 140), afirmación que legitima y da respuesta a la idea del porqué las personas del campo abandonan esos espacios, ya que lo urbano les brinda la expectativa de mantener viva la fe y la ilusión, aun cuando esto sólo se corresponda con un imaginario.

La explosión de los yacimientos petroleros en Venezuela a principio del siglo XX permitió la llegada de inversionistas del extranjero, con lo cual las ciudades venezolanas comenzaron a florecer, pues la renta petrolera iniciaba sus efectos secundarios en otras actividades que le imprimían a las ciudades un toque moderno y de progreso. Idea que atrajo a las personas del campo, quienes deslumbrados por la novedad abandonan los espacios rurales y comienza la aglutinación demográfica en las ciudades, intensificándose la apatía por el campo, pero estas personas que emigran a la ciudad solo les queda vivir en las periferias, así comienzan los desarrollos espontáneos de las grandes ciudades, lo cual trae como consecuencia el desorden urbanístico que se aprecia en toda Venezuela, especialmente en los barrios o los cerros, habitados por las clases más desposeídas.

Las actividades petroleras fueron desarrolladas tanto por el Estado como por empresas privadas. El Estado al recibir pago por la venta del petróleo comienza a invertir en obras públicas, particularmente en vías y carretas que acercaban las ciudades y procuraban crear accesos más cómodos para todos los habitantes, también se produjo un aumento vertiginoso del empleo público y del sector comercial que atendía a esta colectividad.

El auge de la construcción, producto de los recursos que otorgaba la renta petrolera, repercutió directamente en la ampliación del mercado interno y del comercio en todas sus manifestaciones y, de aquella Venezuela agraria de los años cuarenta del siglo XX, pasamos a ser un país productor e importador, ya no sólo de café y de cacao, ahora el país se despuntaba con un vertiginoso crecimiento que lo ubicaba en los países más ricos del mundo, florecimiento que se vio reflejado en un incremento de la prosperidad urbana. Se construyen edificaciones y urbanizaciones para las clases más desposeídas, esto sin duda,

conlleva al aumento del comercio y servicios necesario para el desarrollo pleno de las ciudades, pero sobre todo, para la tranquilidad de sus habitantes, aumentando así de forma acelerada los productos industriales, comenzando la manufactura a inundar todos los hogares venezolanos, abriendo el radio de acción a la importación, tal como lo señala Amaya (1999): Las importaciones de bienes manufacturados conjuntamente con insumos agrícolas no producidos en el país, resultado de los nuevos hábitos de consumo generados principalmente en las ciudades, contribuyó al fortalecimiento de la actividad comercial, la cual no se desarrolló en las principales ciudades sino en la mayoría de ellas (p.180).

Ese intercambio comercial de importación de nuevos productos, indefectiblemente, repercutió en la mentalidad y la psique del venezolano y, desde luego en el desarrollo y entramado urbano, generando nuevos modos de vida y crecimientos demográficos, específicamente en los estados Zulia, Anzoátegui y Monagas, otros estados como Barinas, Falcón y Guárico han sido poblaciones rurales que canalizan todos sus esfuerzos migratorios hacia las ciudades en progreso, abandonando los campos y comenzando nuevas formas de vida, sobrepoblando estas ciudades y dejando al campo desolado y sin producción agraria.

Otros espacios del país también fueron centro de interés para quienes migraban del campo, como Caracas y la región centro-norte, así la capital se vio fuertemente favorecida por la inversión tanto del Estado como por las empresas extranjeras. A su vez, estas regiones también albergaron migraciones del extranjero que huyeron de dictaduras atroces, tanto de América Latina como de Europa, estos nuevos pobladores vieron una vía de escape en Venezuela, especialmente en Caracas y las regiones centrales, una senda de posible asentamiento, así se amplió la interculturalidad y la mixtura de formas de vidas y nuevas mentalidades comenzaron a cobrar matices particulares, entonces las ciudades venezolanas, en su gran mayoría, estaban absorbiendo idiosincrasias foráneas, éstas adquirirían características particulares para transmutarlas en propias, pasando a formar parte del legado y tradición de una nación que le abrió los brazos a muchos inmigrantes, cuyas generaciones ahora son venezolanos que están retornando a los países de sus abuelos, la historia de

migración comienza a invertir sus papeles, entonces Venezuela de ser un país con un potencial que superaba el Producto Interno Bruto-PIB de todas las naciones del continente, ahora es un país que busca desesperadamente ayuda en las naciones vecinas.

El impacto del flujo migratorio tanto de los campos como del exterior, trajo como consecuencia cambios significativos en los aspectos demográficos, contribuyendo a levantar de forma acelerada urbanismos, centros comerciales, escuelas, universidades, hospitales, carreteras, iglesias, plazas, parques, avenidas. Todo este avance repercutió en la mejora de la calidad de vida, específicamente la salud. Así, de una Venezuela rural que para 1930 cuya expectativa de vida era de 30 años, pasamos a una expectativa de vida que supera los 70, gracias a la mejora de los servicios públicos, centros asistenciales e inversión en salud que los gobiernos procuran llevar a su máxima expresión a fin de competir con un mundo cuyos adelantos no se detienen, por lo cual Venezuela con tantas riquezas no podía ser la excepción, se produjo entonces entre la década de los años de 1940 y los años de 1970 una baja en la tasa de mortalidad, pero a su vez se da un interés por parte del Estado de brindar a las familias un control de la natalidad, recordemos que en la década de los 60' la invención de la píldora y otros anticonceptivos contribuyeron de forma definitiva con la decisión de las personas sobre su planificación familiar.

2.1 Segundo momento: globalización, caos y huida

Ese proceso de concreción y configuración de unas ciudades imaginadas, suscita unas ciudades recreadas en los imaginarios del ciudadano venezolano. Es así que, según las reflexiones de Prost (2001) debemos añadir cambios consustanciales que se producirán especialmente en la segunda mitad del siglo XX, destacando los cambios sociales, el rol del Estado en la educación familiar, la revolución sexual, la cohabitación juvenil, los nuevos modelos familiares o las reivindicaciones feministas. Aspectos que determinarán nuevas y múltiples maneras de concebir y vivir la experiencia urbana. Más aún –añade Prost– tendríamos que señalar otra cuestión determinante de la vida contemporánea, el impacto de los *mass media* en el espacio público y privado, esta inserción de los medios de

comunicación masivo en la vida cotidiana parece producir una nueva “fractura” que separa y contrapone lo real y lo virtual, fragmentando más que restituyendo la experiencia urbana, de tal modo que sus habitantes se ven insertos en la indiferencia o absoluta adhesión ante la realidad contemporánea y la avidez por los ruidos del espectáculo.

En ese marco de exposición, el desarrollo desmedido de las grandes urbes a nivel global y de las formas de vida urbana que de ella derivan, es uno de los fenómenos que mejor caracteriza nuestra civilización contemporánea. Bonito (2003) expresa: “Los nuevos migrantes, portadores de nuevas exigencias, nuevas fuerzas, pero también de comportamientos, hábitos y deseos diferentes, harán de la ciudad un escenario que expresa conflicto, evidencia diversidades y puntualiza su disgregante dimensión metropolitana” (p. 15).

El propósito que nos mueve a referimos a los imaginarios de la ciudad como “caos y huida” es una realidad que los autores del presente artículo estamos viviendo *in situ* desde nuestro acontecer diario y que, con toda seguridad es noticia en todos los medios internacionales, pues en los actuales momentos de la historia reciente de la nación venezolana, nos hemos convertido en tendencia noticiera. La realidad la conoce todo el mundo, no en balde estamos asistiendo a la era de la globalización, las conexiones y las redes sociales en su máximo auge que contribuyen a dar a conocer realidades que pertenecen a latitudes muy distantes, pero gracias a estos avances podemos conocer (en tiempo casi real) lo que acontece en las calles de todas las ciudades de Venezuela. Escenario que se corresponde con una situación conocida por todos, por lo que creemos que hablar de los imaginarios urbanos desde el presente es una oportunidad de darle memoria y vigencia a este momento histórico, del cual somos protagonistas y víctimas, pero a su vez críticos que nos valemos de la escritura como arma de denuncia.

A partir de la década de mil novecientos ochenta, el espacio urbano muestra como contraste, un desvanecimiento del originario ideal de ciudad perfecta y de las aspiraciones de progreso de sus habitantes, hecho que pone al descubierto imaginarios emergentes,

incluyendo el imaginario de mito del eterno retorno; el de su origen, pero un retorno con una carga paradójica: una manifestación de modernidad ya no dramática, sino de carácter trágico; de formas arcaicas de ocupar el espacio, sobre todo los espacios públicos, y de conductas de barbarie en el que la construcción termina en disipación, cual laberinto que signa estos últimos años de caos y anomia hasta el presente que interpretamos, haciendo de las ciudades venezolanas, las ciudades del caos y de la huida.

“Venezuela: ciudades que imaginamos y ciudades que vivimos”, como título de este artículo invita a pensar en lo que las personas suponen desde el exterior sobre la realidad socio-política de este país y, lo que las personas que lo habitamos, vivimos cotidianamente. Aseveración que se erige como dos dimensiones distintas de una misma verdad, vivimos un imaginario que solo desde el sentir, la experiencia y la vivencia se pueden comprender, ya que desde afuera se observa el caos, el desorden, las protestas constantes, cuyos principales testigos son las calles de las ciudades y todos los espacios públicos que las conforman, pero se sufre y padece desde adentro, pues quienes vivimos acechados por la escasez, la delincuencia, la ingobernabilidad y la pobreza que baña a todos los estratos sociales, podemos dar cuenta de unos imaginarios que únicamente en la ficción orwelliana, en la Rusia de 1917 o, en las posguerras mundiales parecía normal. Ya que en Venezuela, como en ningún otro país latinoamericano, el conflicto social que se vive diariamente en las calles es una muestra fehaciente de lo desarticulado de la sociedad y de la anomia que marca cualquier espacio por donde transitemos.

Palabras de Narváez (2017): Se percibe la institución de un imaginario dominante basado en la creación de imágenes de desaparición y desastre global, que nos acerca a un escenario de guerra. La angustia parece ser uno de los pilares de ese imaginario, ésta será la encargada de desencadenar las imágenes pesimistas que inundan ahora a nuestra vida cotidiana (p.31).

Hoy, todas las ciudades venezolanas están experimentando la puesta en escena de una atmósfera cuyos protagonistas (actores de las altas esferas de gobierno) piensan desde las

utopías, emulando lo que postulaba aquel inolvidable mayo del 68, cuyo propósito se centró en cómo hacer realidad lo irrealizable. Suponer ciudades cuyo espectro político y social tiene como basamento una ideología que solo ha demostrado su incapacidad, da como resultado ciudades en decadencia, y muchos jóvenes en fuga hacia otras latitudes que les ofrecen mejores modos de vida, más oportunidades y sobre todo más garantías de seguridad, bienestar y felicidad, pues en las caras de quienes transitan las calles de cualquier ciudad de Venezuela solo se observa tristeza, desesperanza, desaliento, y en lo físico y tangible de la ciudad: basura, anomia, ventas informales nunca antes vistas, grafitis (nada artísticos, cuanto menos estéticos) por donde la mirada se vuelque, casi todas las paredes manchadas de consignas políticas con un sesgo ideológico claramente marcado.

Narváez (2017) asegura que los imaginarios urbanos y la idea de civilización, se orienta hacia lo que él denomina: Un desencanto que llega inmediatamente a la creación de terribles imágenes apocalípticas, cuando se hace una referencia a las ciudades, intuitas como la más lúgubre de las prisiones del hombre. Como los poetas ingleses del romanticismo, a la vista de las humeantes chimeneas y las fábricas, los ecoextremistas, desilusionados por la inequidad, la contaminación, la destrucción de lo natural y la suciedad que todo lo corrompen, proponen imágenes de degradación y de destrucción como un escape a la necesidad de asumir acciones para salvar a la sociedad, por lo que su discurso ya se aparta de la desesperanzada protesta que denunció la inequidad e impregnó el discurso anti-industrialización después de la primera revolución industrial (p.24).

Ante un panorama de ciudades que ofrecen asolamiento, angustia, filas interminable sin ninguna esperanza, el éxodo de la ciudad hacia el exterior parece la alternativa, elección que a largo plazo se convertirá en un problema humanitario para los países vecinos que están acogiendo a estas diásporas, que emigran dejando atrás familia, proyectos, estudios, esto es lo que la sociedad y las ciudades venezolanas están ofreciéndole a la juventud: ¡caos y huida! Quienes se informan, a través de cualquier medio o red social, conocen la realidad de Venezuela, destaca como constante la incertidumbre, desasosiego y desesperanza fruto de la anomia que ha cundido todos los espacios gubernamentales, desbordándose a las

calles, plazas, avenidas, parques, centros comerciales, mercado, terminal, aeropuerto, centro de la ciudad, y en definitiva en el corazón de las mismas, pero también en su bordes y periferia. Según aseveración de Casado (2010): En el fenómeno urbano, la ciudad, es el apoyo fundamental para la transformación global de la sociedad, la ciudad está unida así al nacimiento de la sociedad clasista, al estado, a las relaciones de dominio, a la escritura, a la historia... Cada tipo de sociedad implica una ciudad característica, que está imbricada inextricablemente con su estructura social propia. En cada sociedad destaca un elemento de la estructura social: el económico, el político o el ideológico, dando lugar a un tipo de ciudad característico y a unos elementos urbanos dominantes (s/p).

Durante el primer semestre del año 2017, en todas las ciudades de Venezuela se han venido desarrollando una serie de protestas, y al año 2018 se han intensificado, en principio son pacíficas, aun cuando degeneren en una violencia atroz propiciada por las fuerza militares quienes buscan reprimir las manifestaciones, dichos estallidos sociales se han generado como resultado, de quienes se oponen al régimen, por violaciones constitucionales. Por lo cual, la ciudadanía de forma masiva ha invadido los espacios públicos y ha salido a las calles a manifestar su descontento, originándose una apropiación urbana que subvierte el orden público donde se ejecutan estas acciones sociales.

Asistimos a un deterioro moral de la política impuesta por un sistema llamado socialismo del siglo XXI, el cual lejos de reinventarse en pro del progreso, ha marcado un retroceso el cual se hace palpable a la luz de los problemas que presentan las ciudades venezolanas, los mismos parecían resueltos hace cinco décadas. Así, quienes participan en estos procesos políticos, cuyo objetivo es expresar insatisfacciones, están marcando el camino de la reconfiguración de un nuevo modelo de ciudadanía, que lucha por reivindicar derechos democráticos, sociales, humanitarios y políticos.

Las ciudades venezolanas, en su inmensa mayoría, se muestran como espacio diario y consuetudinario para la protesta contra lo que los manifestantes llaman un régimen totalitarista y dictador. La situación efervescente que viven las calles de las ciudades de

Venezuela cobra cada día más fuerza, pues sus habitantes por un principio organizador, han decidido convocar al descontento social, apegados al artículo 350 de la Constitución, el cual sostiene que el pueblo está en la potestad de “desconocer cualquier régimen, legislación o autoridad que contraríe los valores, principios y garantías democráticos o menoscabe los derechos humanos” (s/p), bajo esta consideración legal, vienen acaeciendo numerosas protestas, las cuales en muchas ocasiones son disipadas por las fuerzas militares y colectivos armados organizados por quienes ostentan el poder. Esto se traduce en deterioro físico de la ciudad y moral de la ciudadanía, en este punto entra en juego conceptos como barbarie o indignación, la ciudades venezolanas entonces son ese espacio de denuncia, de desolación, de impunidad y de desmoronamiento caótico, sólo ofrece como alternativas a las generaciones más jóvenes; huida, con la esperanza escurridiza de algún posible retorno de estos éxodos, así sea como visitantes de su patria.

3. A manera de conclusión

Finalmente, podemos aseverar que, los imaginarios se van conformando en los nuevos espacios urbanos en un mestizaje cultural venezolano, pero con muy marcada influencia de la ciudad occidental. Ahora bien, la permanente sucesión de eventos como los que describimos y que demarcan una estética en la vida cotidiana de los centros urbanos, pone en situación de riesgo al mismo espacio-tiempo país, al punto de crear una fragilidad que propicia el cultivo de elementos perversos de lo que se había constituido como los elementos tradicionales y totémicos de una sociedad. Herederos de la Colonia, la República, la modernidad y conquistados por las gestas independentistas.

Esta liberación de imaginarios “primitivistas” o perversos podrían ocasionar: la desintegración del Estado–Nación, la ocupación (des) orden del territorio por mercados criminales, la degeneración del sujeto como proyecto de autonomía, responsabilidad y voluntad de poder, a un estado de anomia con carga de elementos fascistas en el imaginario social, que serían la expresión de des-composición más extrema de la reacción política y económica en una sociedad.

Tales eventos tienen el carácter de sucesos a escala planetaria, pero también a escala local, y son refractarios a las teorías de la modernidad, por tanto, no serían susceptibles de ser abordados por los tradicionales paradigmas del conocimiento. Remiten a una apropiación o inteligibilidad del presente y a lo vivido individual y colectivamente, intentando situarnos lo más cerca posible de los “hechos” (de los momentos de emergencia y momentos agonísticos), que podría ponernos en la pista de lo que hemos de ver.

Al término de este itinerario por el imaginario de la ciudad y a modo de conclusión podemos decir, que la lectura experiencial y reflexiva se hizo trazando a modo de esbozo tres planos de caos (Guattari y Deleuze, 2005), lo cual nos refieren hoy a los imaginarios urbanos de la Venezuela como suceso, desde:

- a) Un plano socio- político, como momento de voluntad política y social en situación de crisis de sus instituciones, de la gobernabilidad, de las relaciones humanas y del aprovechamiento de los recursos. Del orden de la democracia representativa al orden despótico, que le impide al sujeto desarrollar sus potencialidades creadoras al extremo de una vocación de exterminio por parte de movimientos o grupos radicales.
- b) Un plano subjetivo-emocional en torno a la forma como manifestamos los imaginarios de la ciudad, en correspondencia con las significaciones societales a nivel global (Castoriadis, 2007) en una comunión de eventos que rayan en la barbarie; despotismo, xenofobia, misoginia, autoritarismo, entre otros. A semejanza de los imperios de la antigüedad clásica, hay en la actualidad una crisis de gobernabilidad que se manifiesta en las formas de ocupación territorial, expresada en una nueva división del trabajo y en una nueva expansión global del capital. Finalmente en nuestro contexto venezolano, las políticas gubernamentales actuales han incidido de manera determinante en la configuración del imaginario de la urbe venezolana contemporánea.

4. Referencias.

- **Aliaga, F. y Pintos, J. (2012)** “La investigación en torno a los imaginarios sociales. Un Horizonte abierto a las posibilidades—”. *Revista de investigaciones políticas y sociológicas*. Volumen 11, N° 2.
- **Amaya, C. (1989).***Geografía urbana de una ciudad*. Mérida: Universidad de los Andes.
- **Amaya, C. (1999).** “Desarrollo histórico del modelo urbano venezolano: modelos de organización” En: *Revista Geografía venezolana*. Universidad de Los Andes Mérida-Venezuela. Volumen 40(2) pp. 167-199
- **Baeza, M. (2003).** *Imaginarios sociales*. Concepción: Universidad de Concepción.
- **Benévolo, L. (1979).** *Orígenes del urbanismo moderno*. Madrid: H Blume Editores.
- **Bonito O. (2003).** *La ciudad radiante* (catálogo). Bienal de Valencia. Valencia Generalitat, Milán, Skira Editores.
- **Calvino, I (1990).** *Las ciudades invisibles*. Libro en PDF.
- **Casado, I. (2010).** “Apuntes sobre el origen y la historia de la ciudad”. *Contribuciones a las Ciencias sociales*. Eumed. Net. Disponible en: www.eumed.net/rev/cccss/07/icg2.htm Consultado el 16/02/2017.
- **Catoriadis, C. (2007).** “El Imaginario Social Instituyente”. En Revista: *Zona Erógena* N° 35.
- _____ (1998). *Los dominios de hombre. La encrucijada del laberinto*. España: Gedisa.
- **Chueca, F. (2007).** *Breve historia del urbanismo*. Madrid: Alianza.
- **Deleuze, G. y Guattari, F. (1998).** *Mil mesetas Capitalismo y esquizofrenia*. Valencia: Pretextos.
- **Durand, G. (1980).** *La imaginación simbólica*. Argentina: Amorrortu editores.
- **Eliade, M. (2000).** *Tratado de historia de las religiones*. Madrid: Cristiandad.
- **García Canclini, N. (1997).** *Imaginarios urbanos*. Argentina: Editorial universitaria de Buenos Aires.

- **Lefebvre, H. (1976).** *La revolución urbana*. Madrid: Alianza.
- **Maffesoli, M. (2007).** *En tiempos de las tribus. El declive del individualismo en las sociedades de masa*. Barcelona: Icaria.
- **Narváez, A. (2017).** “Imaginarios urbanos y transhumanismo: tensiones entre la ficción tecnourbana y la humanidad salvaje”. En: *Revista Sociología y Tecnociencia*, Universidad Valladolid N° 7/1 pp. 5-36
- **Ontiveros, T. (1995).** *Historias de identidad urbana. Composición y recomposición de identidades en territorios populares urbanos*. Caracas: Universidad Central de Venezuela. Tropykos-ediciones.
- **Prost, A. (2001).** “Fronteras y espacios de lo privado” En: Aries, F. y Duby, G. *Historia de la vida privada. De la primera guerra mundial hasta nuestros días*. Tomo 5. Madrid: Taurus.
- **Sennet, R. (1997).** *Carne y piedra. El cuerpo y la ciudad en la civilización occidental*. Madrid: Alianza.
- **Silva, A. (1992).** *Imaginarios urbanos*. Quinta edición (2006). Bogotá-Colombia: Ediciones Nomos.